

**PRIMEROS ELEMENTOS  
PARA UNA COMPARACIÓN  
ENTRE DOS SOCIEDADES DE  
MONTAÑA: RIF OCCIDENTAL Y  
ANDALUCÍA MEDITERRÁNEA**

*Jaques Vignet-Zunz  
Iremam, CNRS, Aix-en-Provence*



## **PRIMEROS ELEMENTOS PARA UNA COMPARACIÓN ENTRE DOS SOCIEDADES DE MONTAÑA: RIF OCCIDENTAL Y ANDALUCÍA MEDITERRÁNEA.**

La presente contribución pretende justificar, a su manera, las razones de la empresa que nos hemos fijado para este encuentro: establecer una comparación entre Andalucía Oriental y el Norte de Marruecos. Por mi parte, extendería de forma voluntaria Andalucía Oriental a todas las cadenas litorales de la Cordillera Bética, es decir, la Andalucía mediterránea. Y en segundo lugar, la restringiría a la mitad occidental de la cordillera del Rif -con su población: los Yebalas (en árabe: "los habitantes de la montaña"). Los Yebalas ocupan de esta forma un arco que va del Estrecho hasta las fuentes del Uergha, arco que se puede dividir en dos mitades desiguales, la Península Tingitana y la cuenca del Uergha. Comparten de forma suficiente caracteres comunes (lingüísticos y culturales) para que se les tenga como objeto de estudio, mientras que en la Andalucía mediterránea - y montañosa- las fronteras interiores son más sutiles, menos discernibles y no permiten a los grupos desprenderse de la identidad reconocida.

Se trata pues de una especie de esbozo de inventario sobre los puntos comunes y sobre las diferencias que existen entre las dos orillas. Se sitúa en un tránsito cuyo punto de partida es una reflexión sobre las paradojas de la identidad y el resultado, una interrogación sobre las posibilidades de la agricultura en la zona mediterránea, en una perspectiva histórica.

La cuestión de la identidad (a escala de grupo) pasa a convertirse en un lugar común de este final de siglo: sin duda, el estado del mundo cambia. Sólo deseo retomar sus diferentes aspectos, la dialéctica de lo "mismo" y del "otro".

Si un conjunto de personas se definen como semejantes, los unos a los otros, esto expresa dos cosas: un sentimiento de proximidad, de pertenencia. Pero también es una voluntad de exclusión. La ilusión de ser uno mismo y no otra cosa, es una definición posible del estado de barbarie. En realidad, las fronteras no están nunca cortadas. Si existen elementos que fundan objetivamente un cierto parentesco, es por que están compartidos con otros, próximos o distantes. Existe una parte de sí mismo y del Otro que son irreductibles. Pero existe también una zona común: existe el sí mismo en el Otro, y viceversa.

Así, cuando se plantea la cuestión de los lazos culturales que ilustran lo mejor posible esta población del Rif occidental marroquí, los Yebalas, sociedad campesina de montaña, en el mismo movimiento se asegura, a través de la observación de las sociedades o regiones próximas, lo que la distingue. Ahora bien, buscar en sus vecinos lo que los hace ciertamente diferentes, es clasificar de manera necesaria los hechos entre los que separan y los que reúnen. No es más que la prueba de una clasificación, cuando una cierta tasa, establecida más o menos arbitrariamente, sea alcanzada por un lado (lo semejante) o por el otro (lo diferente), que se podrá, clasificar o no, en un mismo conjunto a tal o cual fracción de un territorio situado en los márgenes. Pero también, reduciendo el número de criterios discriminatorios, se podrán clasificar en un mismo conjunto, más amplio y más normal, las sociedades, las culturas, las áreas situadas en puntos diferentes del globo.

Para que una serie de lazos puedan establecer un parentesco entre diversas regiones de la cuenca mediterránea, es preciso una condición previa: la estabilidad de un anclaje con comunes datos naturales.

Estos existen. Se hallan presentes en las condiciones que caracterizan el Rif occidental, en primer lugar en las cadenas litorales que lo prolongan del este hasta la punta septentrional del dorsal tunecino: son los macizos del monte Tell de Argelia y de Túnez (Trara, Dahra, Uarsenis, Chenua, Atlas Blidéen, Kabilia, Krumiria, Nefza y Mogod). Y, en la otra orilla: en la parte occidental de las cadenas litorales de la Cordillera Bética, en Córcega y, en menor medida en Cerdeña, en Sicilia e incluso en Provenza (los Alpes marítimos).

Estas condiciones físicas son esencialmente: un relieve próximo al litoral (no necesariamente de altitud muy elevada) y un régimen de lluvias suficiente para permitir un buen manto vegetal (bosque o matorral). A esta latitud, la lluvia es el triunfo decisivo. La altitud, en cierta medida (es decir, si la orientación de los vientos húmedos le es favorable), y la proximidad del mar aquí son condiciones del régimen de lluvias abundantes. La montaña mediterránea ofrece agua, madera, pastos. El ser humano es por lo tanto un agente natural entre otros. Pero con la intensificación de la explotación de la naturaleza, a continuación de su estudio profundo y de la difusión de los conocimientos, se introduce otra dimensión y se convierte en agente de la Historia.

La montaña, si produce en sí misma un obstáculo con la comunicación, puede dar la vuelta a esta desventaja cuando la bordea el mar. Por lo tanto, está unida, una vez alcanzado un cierto grado de desarrollo técnico de navegación, a los recursos obtenidos en tierras remotas. Atravesar la montaña se convierte en una operación rentable desde que se incluye en una ruta comercial internacional. La presencia, en este caso, sobre este territorio de población arraigada es un triunfo suplementario.

Esta combinación de factores (montaña -húmeda y verdosa-, más franja litoral) puede facilitar la implantación del hombre y rápidamente, a continuación, favorecer un claro crecimiento demográfico: en emplazamientos de llanuras, futuras ciudades de acceso/desembocaduras de grandes ejes de comunicación, así como en el interior del macizo mismo.

El crecimiento de estos datos obtenidos de la geografía y de la historia determina, para la región que nos interesa (el Mediterráneo Occidental), un conjunto de caracteres que se podrían trazar en el interior del triángulo: montaña - mar - ciudades. Aquí donde se volverán a encontrar estos tres elementos reunidos, se deberían verificar la existencia de otras convergencias:

- paso obligado para los ejes internacionales;
- población densa en grandes pueblos, en las laderas o bajas montañas;
- antiguo campesinado que explota una extensa variedad de recursos (en la base: arboricultura, pequeña cría de ganado, artesanado).

¿Puede ser, además, que se hallen otros puntos comunes, a nivel más directamente cultural esta vez? Volvamos al punto de partida: una montaña próxima al litoral y suficientemente húmeda. Verifiquemos nuestra hipótesis.

La cordillera del Rif se adapta a la curvatura de la costa mediterránea desde el Estrecho de Gibraltar hasta las proximidades del río Muluya, formando un arco aproximadamente de 350 kms., sobre una longitud máxima de 80 kms. Las altas crestas calcáreas del arco del dorsal culminan aproximadamente a medio recorrido, donde forman la escollera central de la cordillera, ocupada por los Sanaya Sraier (Yabel Tidighin: 2450 m.). Esta escollera central constituye una barrera para los vientos atlánticos portadores de lluvias: las cimas más altas reciben hasta 2.000 mm. de agua anualmente (más al oeste, donde la altitud media es más baja, el macizo recibe de 800 a 1.000 mm. según la altitud, lo que aún es considerable). Más allá, hacia el este, la cadena del Rif disminuye rápidamente en altitud: es también la región donde la aridez se acrecienta (hasta un mínimo de 300 mm. de lluvias).

Hay por lo tanto una cadena y dos zonas climáticas. La frontera puede haberse determinado con precisión a través de los criterios de temperatura, de precipitación y de manto vegetal (Maurer, 1990). Sinuosa, comienza en la orilla del mar en Yeba (la sequía avanza hacia el oeste sobre el revés mediterráneo del dorsal puesto que lo abriga de los vientos atlánticos), se remonta al río Mestasa, luego se curva hacia el este siguiendo la orilla septentrional de la escollera central y, tras haberlo contorneado así, se dirige completamente al sur hacia el meridiano de Alhucemas, en dirección a Taza.

Esta cortadura es también una frontera humana: en líneas generales, berberófonos al este, arabófonos al oeste, con el paliativo que los primeros (principalmente el grupo de los rifeños *stricto sensu*) entran casi 20 ó 30 kms. en el límite climático.

En la Andalucía mediterránea <sup>1</sup>, el pliegue bético es el gemelo del pliegue rifeño: del meridiano de Gibraltar al de Almería, hay aproximadamente unos 300 kms., en unos casi 10 kms. de anchura. "Relieve sacudido, caótico, extraordinariamente com-

---

<sup>1</sup> Mi principal fuente es la obra de Mignon, C., 1982, en su versión española.

partimentado” dijo Mignon, aproximadamente los mismos términos que usa Maurer para el Rif. Es una montaña por las pendientes y por la división en compartimientos, no por la altitud ni por el clima (el frío no es excesivo). También permanece en el área del policultivo mediterráneo: cereales, arboricultura, ganado menor.

Lo más sorprendente es el agua: “Desde la más remota antigüedad, la Andalucía mediterránea se gloria de huertas numerosas que salpican sus montañas y le valen una cierta reputación de opulencia” (Mignon, op. cit. :113). La Cordillera bética está descrita como un gigantesco impluvio (ídem: 114-115). Al norte de su línea de crestas, el surco intrabético (Antequera, Granada, Guadix) señala una ruptura: clima más rudo y fin del policultivo. Comienza “la alternancia monótona de los olivos y de las inmensas parcelas de cereales”.

El límite de la influencia atlántica se extiende a lo largo de una latitud más occidental que su correspondiente en la otra orilla: 4º 30 de longitud oeste, lo que le hace pasar un poco al oeste de Málaga (op. cit.). La Sierra de Grazalema, en la latitud de Tetúan, tiene las tasas de lluvia más elevadas de España.

Regularmente, bajan de oeste a este. Al otro extremo del arco bético, se encuentra el clima sub-árido y las estepas presaharianas del frente rifeño (Almería está en frente de la desembocadura del río Muluya): “Las estepas áridas de Levante se deben a la ausencia de contrafuertes montañosos para traerles agua” (Ídem: 114). En realidad, el hecho notable es que esta aridez de la Andalucía oriental está desplazada hacia el este en relación a la rifeña: el enorme macizo de Sierra Nevada que separa Granada del mar (se culmina en 3482 m. con el Mulhacén) mantiene la humedad, gracias a las nieves especialmente, lo que no tiene equivalente, lejos de aquí, en la orilla africana. Es la suerte de la Alpujarra. Pero, dicho de otra manera, los dos sistemas se corresponden bien.

Las correspondencias no se limitan seguramente a ésto. Señalaré tres correspondencias: la densidad urbana, la concentración en grandes pueblos, la densidad de la población.

De un lado a otro del Estrecho, la zona que cierra el Mediterráneo ha sido rica en urbes. Desde los fenicios que instalaron, tras una serie de fundaciones mediterráneas, dos puestos

avanzados simétricos en las rutas atlánticas, *Lixus* y *Gades*/Cádiz (este *Gades* que se redobra por la etimología, su parentesco con la orilla africana puesto que, por el rodeo del camino-semítico, se halla en el origen de su nombre la misma raíz que forma *agadir* en beréber). De la Península Tingitana se dice que las ciudades, de la Antigüedad a la Edad Media, le han formado un verdadero cinturón urbano (Troin, 1986). Densidad urbana que no se encuentra en ninguna otra parte en el pasado de Marruecos: "(...) la región de los Yebalas, que se inscribe en la antigua Mauritania Tingitana romana, se aprovechó de forma indiscutible de una urbanización continua y profunda a pesar de algunos eclipses. Recordemos que aquí es donde la instalación romana fue la más densa de Marruecos (...). Pero la cantidad de *madina*, *qarya*, *hisn*, *qasr*, *qal'a* y *suq* obtenidos por las crónicas, si bien nos informan sobre la densidad de la población y la prosperidad de la región, no nos permiten siempre la identificación de estos centros (...)" (Ferhat, 1995).

El hábitat tiende a concentrarse en grandes pueblos (sing. *dchar*) situados muy a menudo en franjas horizontales uniendo la línea de aparición de las fuentes. Aquí, es la geología quien manda. El relieve está formado por crestas de areniscas o calcáreas posadas sobre un basamento margoso. El agua se concentra en el contacto de estas dos rocas, la superior es porosa y la inferior, impermeable. En Andalucía bética, salvo Sierra Nevada, cristalina, la situación recuerda a la del Rif occidental: Mignon (op. cit. 121-123) cita expresamente la Axarquía desde este punto de vista. Si hoy día los *pueblos blancos* presentan un hábitat agrupado, compacto como verdaderas pequeñas urbes, habrían sido, especialmente en el período islámico, oreadas por jardines y huertas (Delaigue, 1985), como lo son los pueblos Yebalas respecto a los cuales oportunamente de los cuales se ha hablado de semi-boscaje.

El Rif, en su conjunto, ofrece una densidad de población entre las más elevadas de Marruecos, situación que era aún más evidente en el pasado. Si las tasas más fuertes se hallan en su parte oriental, la más pobre (en los Ait Urriaguel, por ejemplo, 120 hab./km<sup>2</sup> en los años sesenta: Hart, 1976), en su conjunto el Rif occidental cuenta con 2,3 millones de habitantes (censo de 1982), mejor distribuidos que en el Rif oriental, de los que 800.000 habitantes están

reunidos principalmente en la parte norte de las provincias de Alhucemas y de Nador (Maurer, 1990). El margen meridional de este Rif occidental (*la basse montagne rifaine* de Maurer), sólo presentaba a principios de los años treinta tasas superiores a los 40 habs./km<sup>2</sup>, lo que la clasifica como la región más poblada de Marruecos, con las Dukkala de la llanura atlántica (Fay, 1972: 14).

En Andalucía, la población alcanza, en las sierras mediterráneas, antes de la brutal despoblación de los últimos cuarenta años, cotas de 300 habs./km<sup>2</sup>, con una SAU (población devuelta a la superficie cultivada, o densidad agrícola) de 100 habs./km<sup>2</sup> y 150 irrigada: “A menudo las vertientes más difíciles están más pobladas que las ricas campiñas del Guadalquivir” (Mignon, op. cit.: 45, 135).

Se extrañarán aquí del asombro geográfico. Se percibe una resistencia en considerar la montaña mediterránea de otro modo que como un medio mediocre, poco hospitalario. Ciertamente, la cría de ganado extensiva parece la solución más apropiada (*ídem*: 168). Si se rechaza cualquier determinismo geográfico, cualquier fatalidad ligada al factor “montaña”, sugiere que el minifundismo actual de estas zonas era una elección: durante la repoblación que siguió a la expulsión de los Moriscos (siglo XVI), la Corona decidió implantar una numerosa población campesina castellana o gallega en lugar de algunas familias nobles, como lo había hecho, un siglo antes, en la llanura litoral. La razón avanzada es política: en el siglo XVI, la Reconquista se acabó y no había razón a temer el regreso de ofensivas musulmanas, por lo que no había más razón para continuar favoreciendo la función militar de los grandes señores gracias al sistema de los latifundios (*ídem*: 181).

Pero si ésto era cierto en el período cristiano, ¿cómo explicar que, ya en la época musulmana, estas montañas habían sido pobladas densamente?

También plantearía esta cuestión a los historiadores de Andalucía: ¿la decisión de los Reyes Católicos de mantener estas montañas con una pequeña propiedad densa era únicamente política? ¿O corresponde a un reconocimiento, en el plano agronómico, de las ventajas de una ocupación densa -como lo había mostrado la explotación secular de los musulmanes? Recordaré a este respecto dos juicios aproximadamente contemporáneos (siglo XV), uno sobre la Alpujarra (al-Bucharrat), sostenido por los autores

árabes como “fértil, organizada, frecuentada” y por los autores cristianos como “fuente de cosecha” (Trillo, 1992); el otro juicio era sobre el conjunto de la cordillera rifeña, descrita por al-Ansari: “Los campos y los pueblos, los pastos hasta el Rif extremo, al este, y a Qasr Ktama [Ksar El-Kebir], primera ciudad del Habt, al oeste, y sus riquezas en ganado, mantequilla, miel, cera y frutas frescas o secas; los ríos, las especies de árboles, los bosques de robles y de cedros, el hierro, etc.” (Ferhat, 1995).

Creo que el tema merece una respuesta clara pues la cuestión de la demografía es ciertamente la clave de una problemática centrada en la especificidad de las sociedades de montaña.

¿Es que esta visión gemela de las dos orillas, a nivel de los datos físicos, de los recursos naturales y de su modo de explotación se extiende a otros campos: formas culturales, técnicas agrícolas o domésticas, papeles sociales, imaginario...? Tengo otra serie de cuestiones para nuestros colegas andaluces, tras haber expuesto la situación en vigor en el país Yebala.

Un asunto define el sistema agrícola presente casi en todas las partes del territorio de éstos: la rotación de cultivos colectiva con rotación bienal, organizada en el ámbito del pueblo, entre los cereales de invierno (trigo, cebada) y el cereal de primavera (zahína). La razón de esta organización colectiva se halla en las formas del criar el ganado. Contrariamente a sus vecinos de la llanura atlántica y de las colinas perifeñas (población cuyos orígenes proceden de modos de vida diferentes: ellos son *Arab*, de remoto origen beduino), los rebaños son conducidos al pasto reagrupados a nivel de barrio, por especies separadas (bovinos, caprinos, ovinos). Están bajo conducción de uno o dos guardias (pagados por los propietarios) o bien por los mismos propietarios, por turnos. El problema surge en verano: estos rebaños, importantes por su número, son difíciles de controlar de cerca. Si los cultivos de dos tipos de cereales estaban imbricados, a merced de cada labrador (como es el caso en la llanura donde otras costumbres hacen que cada propietario envíe separadamente su rebaño al pasto con un miembro de la familia), se debe a que sus ritmos estacionales estaban desfasados, los animales conducidos a los rastrojos cuando la zahína, segada en septiembre, está en pleno crecimiento, arruinarían su salud, por una ingestión abusiva de zahína aún verde (nociva en este estado).

Pero mi pregunta a los ruralistas de Andalucía es la siguiente: ¿hay (o hubo) algo parecido en su tierra?

En otro orden de hechos, los Yebalás tienen una excelente reputación en lo que concierne a las producciones domésticas obtenidas a través de los recursos de la agricultura y de la cría de ganado: aceite, higos y uvas pasas, jalea de uva a veces fermentada (*samet*), carbón de madera, jabón a base de aceite de oliva y cenizas de lentisco. Trabajo con cuero, con madera, con hierro (formaron antiguamente la principal corporación de armeros de Fez). Alfarería femenina. Pero es el tejido lo más extendido, con dos particularidades: no son alfombras y el trabajo es esencialmente masculino. Cultivan (cada vez menos hoy día) y trabajan el lino, el cáñamo, el algodón y, antiguamente, la morera por la seda. Hay, generalmente, combinación de actividades, el mismo campesino puede ser a la vez agricultor y artesano.

¿Hubo una vitalidad y diversidad del artesanado doméstico comparable con los campesinos de la montaña mediterránea andaluza?

Esta cuestión quizás se pueda ligar a otra que plantearemos más tarde: la de la diferencia de intensidad del desarrollo agrícola entre las dos regiones, en relación a la integración precoz, en la montaña andaluza, de las culturas mercantiles en el mercado nacional en expansión, desde el siglo XVIII. Esta expansión del mercado habría podido hacer que estas regiones alejadas de Andalucía hayan visto la diversidad de su producción aligerada bajo la presión de las producciones destinadas a la exportación (olivo, viña, almendro).

A esta cuestión de la intensificación del trabajo está aún ligada la cuestión de la adecuación de las vertientes a la vista, ya sea para retener y almacenar las aguas de escorrentía (irrigación), o ya sea para frenar e incluso para encañar esta escorrentía y favorecer así este tipo de medio natural. Estas adecuaciones pueden presentarse bajo forma de terrazas en el sentido estricto: un plano horizontal que ocupa la vertiente, lo que implica un muro de contención mas abajo de este plano; el agua fluye mal de forma natural. Es embalsada y permite por lo tanto un cultivo de irrigación intensiva en un país seco. O bien, bajo la forma de simples talud/paralelos en las curvas de nivel, de poca altura (unos decímetros), reforzados de forma provisional con una alfombra herbácea o murete de pie-

dra seca. Se tiende a mantenerles el término de cortinas sin tener en cuenta las condiciones de su formación y de su tipología que les diferencia de las terrazas. Son cortinas o, si lo prefieren, casi terrazas. Están generalmente trazadas con poca regularidad y a penas corrigen el declive. A veces, están divididas de forma oblicua o vertical, con una acequia que canaliza, para verterlo mejor, el desagüe de la escorrentía en caso de fuertes lluvias. La función de estas adecuaciones en casi-terrazas no es por lo tanto la de almacenar agua, tampoco la de paliar un insuficiente pluviómetro, sino de ralentizar la erosión causada por la escorrentía, de retener la tierra y, de forma subsidiaria, facilitar el trabajo con la mínima corrección de la pendiente y con el desempedramiento que conlleva. En cambio, la terraza puede paliar la penuria de la superficie cultivable en caso de densificación de la ocupación humana en las zonas de montaña que reciben lluvias de forma suficiente: de hecho, almacena la tierra; o bien, permite cultivar extrañas variedades agrícolas gracias a la irrigación.

Despois, uno de los maestros de la geografía del Norte de Africa, creyó poder llegar a una conclusión, sobre esta cuestión, sugiriendo la no conformidad de esta región en el concierto mediterráneo, apoyándose en la ausencia de terrazas en el sentido de los macizos litorales, y en su concentración en los únicos relieves presaharianos (Despois, 1956). Esto hacía pensar que el hombre del Norte de Africa no estaba obligado a los trabajos de nivelación en las parcelas salvo en caso de absoluta necesidad, es decir, en caso de imposibilidad de una agricultura pluvial.

Desde Despois, las observaciones relativas a las terrazas se han hecho más numerosas y si estas no son verdaderamente exhaustivas, si es posible tener una mejor apreciación del carácter universal y múltiple del fenómeno y de su lugar en la revalorización de la montaña (Frapa, 1989; *Méditerranée*, 1990).

Pero, desde este punto de vista, ¿las vertientes de Andalucía mediterránea se diferencian de las del Rif Occidental? Mignon señala fuertes concentraciones de estas adecuaciones de laderas principalmente en dos puntos: en la zona alta de las Alpujarras, al sur de Granada, y en la Axarquía, al norte de Málaga. Los *bancales* (o *terrazas*) que él describe en la Alpujarra no son nunca horizonta-

les, los banales “corrigen el declive natural sin suprimirlo de forma total” (op. cit.: 35); “los muros de sostén son poco frecuentes. Un talud de escasa altura separa los banales, sin otro dispositivo de refuerzo” (*idem*: 36); “la corrección de la pendiente se enfoca más para facilitar el trabajo que para evitar un despilfarro del capital hidráulico (...) superfluo” (*idem*: 35). Para la Axarquía, “una multitud de muretes bajos [de piedra seca] -únicamente unos decímetros- dividen de forma sistemática y regular el flanco de la montaña (...) cuyo único objetivo es retener el suelo y frenar la acción erosiva de las aguas de escorrentía” (*idem*: 47). En cambio, el desarrollo de viñedos en otros macizos próximos, por ejemplo el de los Montes de Málaga, no está acompañado por la adecuación de las pendientes, si no hay una acequia oblicua de drenaje (*idem*: 50).

Estas observaciones personales, bajo la dirección de P. Ordóñez Vergara, han sido obtenidas también en la Serranía de Ronda, con un carácter diferente: “Están sobre pendientes muy poco pronunciadas, de largas franjas de tierra de cereales, escalonadas en grandes gradas; el desnivel, un metro de media, no estaba señalado por ningún muro de apoyo sino por una simple alfombra herbácea natural. ¿Quizás sobresalga en estas pendientes una agricultura posterior al policultivo minifundista como una que Mignon resalta la características de esta Andalucía mediterránea de montaña cuando no ha pasado a la agricultura especulativa? Conocemos el papel de la presión demográfica en la extensión de las terrazas en la Europa mediterránea (Frapa, 1989)” (Vignet-Zunz, 1995: nota 16).

Las hay además, por ejemplo en Andalucía Oriental entre Baza y Huescar, y hasta en Aragón, entre Zaragoza y Calatayud entre otras: ya sea sobre las laderas, en largas franjas como las anteriores, ya sea en las vaguadas, donde una serie de pequeñas presas de tierra o de piedra se escalonan en gradas según la técnica descrita en el sur tunecino (los *jesur-s*) (El-Amami, 1983, citado por Frapa, op. cit.: 103-108), que he observado además hasta en el Jabal Akhdar, en Libia Oriental.

En el país Yebala, como en la Cordillera Bética, la situación está muy contrastada. Según algunos sondeos que efectué, allí se encuentra lo siguiente:

- terrazas *stricto sensu*, con muros de sostén de piedra seca, de 1 a 5 metros de altura, entrecortadas por accesos o “puertas”

(sing. *bab*) con piedras de pico cuidadosamente emparejadas parcelas niveladas por la irrigación de árboles frutales (ciruelos, olivos), huertas, a veces con un poco de cereales; y, en el mismo término de la aldea, pendientes no corregidas sino simplemente barreteadas con muretes de piedra seca unidas de forma tosca a unos cincuenta centímetros de altura, para el cultivo pluvial de cereales, a veces con una higuera cerca del murete (pueblo de Khais, lindero meridional con el país Yebala, ex-tribu de los Beni Mestara; *taglisa* en los dos casos).

- cuencas-laderas completamente dedicadas al cultivo del cereal en una región desde hace mucho tiempo talada, con pendientes poco acentuadas y entrecortadas de forma sistemática, en el plano horizontal, por taludes, unas especies de pliegues irregulares que dibujan, según las curvas de nivel, franjas de cultivo cuyo declive no está retocado apenas; estos taludes, llamados *aderfan* (sing. *adref*), señalan los límites de propiedad: en alguna medida obedecen al mismo tiempo a una preocupación por la adecuación de la pendiente, aunque esto aún no lo ha permitido establecer la encuesta directa; estos taludes no están recalcados en la cima por ningún anillo. Son casi verticales. No cuentan con apoyo empedrado y están recubiertos a veces con una alfombra herbácea. Acequias (sing. *saqiya*), trazadas con el arado común [sin juego delantero] en el sentido de la pendiente, facilitan la evacuación de la arroyada (cuenca de Asra, fluyen de la derecha del río Ouergha, de 5 a 10 kms. al norte de Taunate, ex-tribu de los Mtiua, lindero meridional con el país Yebala).

- se encuentra este tipo de cuenca-ladera, pero de forma poco sistemática y a una escala más reducida y accidentada del relieve, en la península Tingitana (cuenca de Beni Arus, o cerca de Bab Taza al este de Chefchauen, o cerca del Río Lau, entre Chefchauen y el mar): a veces hay pequeños taludes apenas destacados. En otra parte hay cortos y bajos muretes de piedra seca (en una zona poco pedregosa: no se trata de desempedramiento) conducen, según la curva de nivel, el agua de escorrentía hacia una vaguada... La corta cuneta en los pequeños perímetros irrigados se denomina, en la región, *dukkana*. No obtuve aquí el nombre del talud acondicionado.

- más al este, en el eje de la gran dorsal, en los límites del país rifeño, en una región donde no se habla árabe, es decir, un beréber

no rifeño (*sanhaji*), se encuentra en las laderas generalmente reconquistadas desde los años sesenta (y a menudo dedicadas al “hachís”), muretes de piedra (árabe: *srima*, pl. *srayem*) discontinuos, con la doble función de frenar la erosión y de permitir el desempedramiento de los campos. Son claros los límites de propiedad (*agdem*) que son taludes sin contención de piedra, producidos por la oposición entre las tierras labradas a un lado y a otro del límite según los informadores y esto confirma las indicaciones recogidas en otra parte. En la gran zona de cultivo del hachís [*Cannabis Indica*], alrededor de Ketama, en el país Sanhaja, por ejemplo en el bonito valle de Azila, muy regado, las terrazas están cuidadosamente allanadas formando arriates irrigados, mantenidos por muretes de piedra (*srima*).

Hace unos veinte años, G. Fay (Fay, 1976: 127), describiendo los Yebalas meridionales, señalaba: “Los Yebalas sólo construyen terrazas en los perímetros irrigados. En las laderas más cultivadas desde tiempos antiguos, a lo sumo han mantenido las cortinas ocupadas para una vegetación herbácea o leñosa; a veces, construyen muretes de desempedramiento que mantienen el suelo y dejan pasar el agua según las curvas de nivel. En otra parte, pasan el arado común cada otoño por las grandes acequias orientadas según la pendiente lo que acelera el desagüe de las precipitaciones. Efectivamente, saben, a través de la experiencia, que el exceso de agua representa un peligro mayor para los terrenos ya que favorece los movimientos en masa [soliflucción]” (Véase también Chiche, 1984: 129, 195-198, 316-317).

De esta forma, en vez de enfrentarse, como pensaba Despois, las dos orillas mediterráneas están, una vez más, cercanas. Enfrentadas a los mismos inconvenientes naturales, la irregularidad, la brutalidad de las precipitaciones y “la tiranía de las pendientes” según expresión de Mignon, los hombres de estas tierras vecinas han hallado a menudo respuestas idénticas a los desafíos que los habían retado.

¿Acaso es este el ejemplo también de la techumbre de la vivienda tradicional? ¿O hay que recurrir a la difusión cultural? Sin duda alguna no es excepcional en Europa; la techumbre de bálago en tejado de doble pendiente es muy usada en el Magreb, excepto en algunos puntos de sus relieves mediterráneos: en Marruecos, en el

Rif Occidental precisamente; en Argelia, en el Dahra, Kabilia (donde la teja "árabe", desgraciadamente denominada "romana" en francés, sustituye a menudo al bálago), la tierra adentro de Annaba; en Túnez, en los Krumir. En cualquier otra parte, es el reino de la terraza.

La Andalucía mediterránea reúne zonas de tejados de bálago (o en cualquier caso de doble pendiente) y zonas de terrazas, pero no conozco los trabajos que hayan establecido el mapa y los factores que explicarían esta doble presencia permaneciendo aún en discusión (Delaigue, 1985: 360-361).

Por razones a primera vista climáticas, hallamos también en la sierra del Rif estas dos soluciones: al oeste, en la zona de influencia atlántica, el bálago (actualmente compite de forma importante con la chapa ondulada de zinc, después de una fase de tejas llanas importadas de España, correspondiente al período del protectorado). Al otro lado de la frontera climática, la terraza de tierra batida: al este de la collera central (el Rif de los rifeños), pero también al norte de esta collera, allí donde, a baja altitud, las lluvias ya escasean (esta zona de clima seco que se desliza a lo largo del Mediterráneo, al oeste donde el *Río* Lau forma la parte baja del país de Ghomara. En altitud, al acercarse a las altas crestas y a las primeras coníferas, en el país Ghomara se halla el tejado de doble pendiente).

Construir el marco de la techumbre y establecer el bálago señalan, en Andalucía como observé (desde las primeras alturas al sur de Sevilla hasta la costa mediterránea y el Estrecho. Pero la zona se extiende al este, en cualquier caso hasta los últimos contrafuertes antes de Granada), una idéntica técnica a la señalada en el país Yebala (Vignet-Zunz, 1993: 137, 138. Y 1995). El material es el mismo: *escaña* y *achqaliya* derivan del mismo término latino *secale*. Este término designa el centeno, pero aquí se trata de hecho de la escaña, *triticum monococum* L., un trigo con un tipo especial de granos. A veces son utilizados otros vegetales: la paja de arroz, el palmito, el centeno, el junco (litoral andaluz). En el país Yebala, se halla aún un semillero de brezo (*khlenj*) liado en pequeñas gavillas, cubriendo el bálago (extribu de los Anjra), o el trigo duro en forma de bálago.

El bálago se denomina *sqaf* en el Rif Occidental, broza o mata en Andalucía litoral. La choza se denomina *chozo*, a veces *choza*(A.)

y *dar d-sqaf* (R.). Sobre un armazón de caña (horizontal) y de varas (transversal), el bálago, reunido en pequeñas gavillas o matas (*A. ramo*, R. *qabta*), con las raíces hacia arriba, está fijado hilera por hilera (*A. lata*, R. *nawba*) comenzando por lo bajo. Cooperan dos hombres, uno en el exterior quien sitúa las gavillas sobre el armazón, y el otro, en el interior es quien sujeta las gavillas. Utilizan una “aguja” (*A. aguja*, R. *chkunt*), una larga varilla de un metro aproximadamente cuya punta afilada es penetrada por un agujero por el cual pasa una cuerdecilla. El hombre que está en el exterior clava la cuerdecilla con la varilla y las retira cuando el otro hombre agavilla la mata. Una vez acabada la tarea, la atadura de la última hilera es reforzada desde el exterior por una fila de cañas, es más frecuente ver dos o tres cañas separadas por unos veinte centímetros: es el único lugar donde aparecen la caña y estas hileras de cañas en lo alto del tejado, son características de los bálagos de los dos lados del Estrecho (no obstante ocurre que asegura la consistencia del conjunto atando por encima del rastrojo un segundo armazón de cañas). Esta operación (*A. techar*, R. *nesaqfu*) tiene que repetirse cada dos años por término medio, en todo o en parte del tejado. En Andalucía, estas chozas ya no están habitadas pero sirven de cobertizo, de establos, etc. En los Yebalas estas chozas están aún habitadas.

En el extremo suroriental del arco Yebala, al norte de Taza, la casa de los Tsul y de los Branes resalta por una techumbre de losas de areniscas juntadas como tejas por encima de una capa de tierra sobre un tejado de doble pendiente.

Al norte de Fez, en las colinas del pre-Rif que preceden a la región Yebala del Uergha, la pendiente del tejado es débil y el bálago está recubierto por una pobre capa de adobe, cuidada cada otoño.

La cuestión sigue presente: ¿ésta común utilización del bálago, en las dos orillas representa una respuesta dada de forma separada por las diferentes poblaciones a un inconveniente climático y a idénticos recursos? ¿O bien había transferencia?

El tema es importante. El noroeste marroquí, o de forma más precisa la Península Tingitana, es el único lugar de Marruecos donde la arquitectura doméstica de la ciudad haya utilizado la teja,

reservada en cualquier otra parte para los edificios principescos o religiosos. La última muestra de ello es Chefchauen sobre todo a principios del siglo XX, Ksar El-Kebir y Uazzan, siempre en el área Yebala, tenían tejas en los tejados (Erzini, 1991). Se hallan en el Magreb pequeñas urbes, a veces aldeas, con tejas en los tejados: Testur en Túnez, la Gran Kabilia en Argelia, se debate aún sobre estos macizos mediterráneos donde se hallan también aldeas con tejados de bálagos. ¿Acaso debemos atenernos a la inmigración mudejar y morisca (Erzini, 1991)? Sin duda hay que dejar abierta la cuestión: una reciente misión arqueológica de El-Boudjay y de Cressier en verano de 1993, sobre el emplazamiento de una fortaleza *Idrisida* (Qal'a Hajra al-Nser, siglo X), en plena montaña Yebala, reveló la abundancia de cascós de tejas en un lugar en el que la ocupación cesó de manera anterior a los primeros éxodos de musulmanes de España.

Otro rasgo de la casa de los Yebalas es la fachada tan abierta que la distingue de la casa tipo arabo-islámica: en ciudad, fachada ciega [sin ventanas], amplias aberturas en el patio interior; en las casas rurales -teniendo en cuenta las variedades regionales-, a veces hay ausencia de patio interior y, a menudo, ventanas reducidas a simples troneras. En muchos puntos del país Yebala, donde las funciones domésticas están manifestadas en algunos edificios alrededor de un patio irregular. El edificio reservado a la vivienda incluye en la fachada una galería cubierta, o mirador, precediendo a las habitaciones que se abren sobre un pequeño espacio a través de una puerta y a veces una ventanita cerrada con un postigo de madera y con una reja de hierro forjado.

En el piso, esta galería está cerrada de forma parcial por un parapeto y por los elementos del muro portador que, dejados en su lugar, estrecha aún más la abertura: puede ser, de una casa a otra, del tamaño de una ventana o de un amplio hueco.

La casa con piso del Rif Central (cuya altitud es más elevada) es completamente diferente: compacta y masiva, reúne todas las funciones que, en los Yebalas, se hallan dispersadas alrededor del patio. Esto desaparece aquí. La casa presenta, además, una galería de madera sobre pilotes que le dan la vuelta, protegida por una barandilla a menudo esculpida. Esta galería está abrigada por el tejado, muy desbordante (Ben El-Khadir y Lahbabi, 1989). Se ha

visto que, en el Rif Oriental, donde la altitud y las lluvias disminuyen de forma importante, el hábitat es muy disperso y los techados son de terraza.

A veces se encuentra la galería de madera sobre pilotes, pero ligera y de bulto, a lo largo de la gran cordillera dorsal entre Chefchauen y Ketama. Está limitada únicamente por la fachada. ¿Acaso señala una transición entre la galería de madera y periférica sobre pilotes del Rif Central y la galería construida e integrada en la única fachada de la península Tingitana? ¿Sin embargo, hay que intentar aislar siempre, en el seno del abanico de los tipos en presencia, una secuencia sincrónica que probaría una evolución histórica? Las cosas son quizás menos simples...

La galería o mirador de los Yebalas tiene el nombre de *nbah*. Este mismo término, en la casa de la ciudad, designa la galería cubierta que, en la planta baja o en el piso, da sobre el patio: protegido de los excesos climáticos (calor o lluvia) por la terraza que rebasa ligeramente (un metro aproximadamente) sobre el patio, en el piso, o por la galería superior (mantenida por columnas, *sariat*), no es únicamente el pasillo que permite pasar de una habitación a otra, es también un área de descanso. ¿Existe un dispositivo semejante en la planta baja o en el piso de la casa tradicional de las Cordilleras Béticas?

M.-C. Delaigue, en su tesis dedicada a un pueblo con tejados planos de la Alta Alpujarra (*op.cit.*), pudo reconstituir en grandes líneas el pueblo y la estancia de los Moriscos en el siglo XVI. El pueblo no tenía la aglomeración de paso casi urbana de hoy en día, compacta, sin espacio agrícola, con calles estrechamente bordeadas por casas contiguas y alineadas según las curvas de nivel. Las casas, según parece, estaban orientadas antes en función de la exposición al sol (*op.cit.*). Los barrios correspondían “a las reagrupaciones de familias extendidas, organizadas en pequeños islotes de viviendas, aisladas unas de otras” (*op.cit.*:367), los espacios verdes intermedios estaban reservados a la agricultura (*op.cit.*:319).

Esto recuerda, por un lado, la organización del pueblo del Rif Occidental donde la tierra agrícola (huerta o vergel) es parte integrante de la aglomeración. Sin embargo, aquí (también es el caso del Rif Central y Oriental) las casas vecinas, incluso cuando pertenecen a familias emparentadas (excepto si se trata de herma-

nos), no están nunca “pegadas por ninguno de los lados” ni forman “pequeñas agrupaciones en bandas” que puedan también hacerse frente (*op.cit.*:319).

En cuanto a la casa, la de la Alta Alpujarra se aleja por sus principales rasgos de la casa de los Yebalas: en primer lugar el tejado de terraza (*terrado*); luego la reunión de todas las actividades familiares y funciones ligadas a la producción (establo, granero, pajar, taller) en un único edificio con varias naves y lo más frecuente con un piso, es decir, sin patio interior (en esto se asemejaría a la casa del Rif Central, excepto en lo que concierne al enlace con sus vecinos).

En cambio, ciertas disposiciones podrían recordar la galería cubierta (o veranda) de los Yebalas: el *tinado*, un tejadillo de gran dimensión puesto que recubre la calle en parte o enteramente (*op.cit.*:87), que permite, aún hoy día, algunas actividades: sobre su tejado, secado de algunas cosechas y de la colada. Bajo el tejadillo, carga y descarga de la mula. El autor sugiere una relación, con la época islámica, entre este ancho tejadillo, o precarios cobertizos equivalentes, y el ganado:“(…) *tinado*, término cuyo sentido parece por lo tanto el mismo que en el siglo XVI, es decir, espacio cubierto protegiendo los bueyes” (*op.cit.*:340). Un posible deslizamiento de sentidos (*op.cit.*:336): el *tinado* era entonces propiamente más el lugar “*a donde comían bueires*” (“donde comían los bueyes” -¿establo o simple cobertizo?- según un registro de la época), mientras que el tejadillo que abriga la puerta de entrada se denomina *cacifa*, término donde se le reconoce el árabe *sqaf*, techo en las ciudades marroquíes, bálago para la techumbre en el país Yebala. Ahora bien, según algunas informaciones concerniente al *nbah* (Vignet-Zunz, 1988), esta función de cobertizo para el ganado (una o dos vacas en el mejor de los casos) habría podido explicar este dispositivo -la preocupación por la propiedad, más presente desde medio siglo, habiendo, desde entonces, alejado las bestias del acceso a la vivienda. La réplica de este dispositivo con el piso respondería entonces más a una preocupación de equilibrio que a imperativos funcionales, a menos que la función del *nbah* como área de descanso haya prevalecido (¿finalmente o toda la vida?).

Otra adecuación, es aproximarse al precedente: “Algunas casas presentan además amplias aberturas como la *azotea*: se trata

de una terraza cubierta penetrando en el volumen construido. Esta habitación, abierta del lado de la calle, está provista de una barandilla de madera” (Delaigue, 1985). La diferencia con el *nbah* es que no es un pasaje sino exclusivamente una veranda. Evoca más bien, como el autor lo subraya sin sacar conclusiones apresuradas, el Alto Atlas, donde un espacio parecido existe bajo el nombre de *asqif*. Este Alto Atlas que recuerda tanto la techumbre de terraza, las casas unidas unas a otras y escalonadas dispuestas en gradas.

En definitiva, retengamos el nombre que los documentos españoles de la época atribuyen a la habitación de arriba: *algorfa* (que derivará en: *cámara*). Es el que los Yebalas dan a esta misma habitación (*l-ghorfa*), compartiendo con los ciudadanos la concepción de la habitación que domina y permite así tener un punto de vista dominante (y pone a cubierto) sobre el exterior (o el patio).

En realidad, habría que emprender un verdadero inventario comparado de la cultura material de las dos regiones gemelas. Pues está bien la cuestión central que nos es planteada: ya que las dos orillas han compartido durante un largo período, la misma civilización y, en gran medida, la misma población. Luego, en una segunda fase, vimos sus destinos divergir y dos campesinos totalmente diferentes se enfrentaban a las mismas presiones del medio natural. Es legítimo preguntarse, en primer lugar, si queda algo de este pasado común; luego, si las convergencias técnicas pudieron producir intercambios o de manera eventual durante la segunda fase.

La cultura material ofrece sin duda el mejor campo para la verificación de tales fenómenos. Efectivamente, los moldes musulmán y cristiano que se posaron de forma respectiva sobre estas dos poblaciones trabajaron de forma más fácil el imaginario como las prácticas ligadas al trabajo: mitos, cuentos, máscaras, sacados de los distintos fondos, son menos susceptibles de poder prestarse a comparaciones. (No obstante deberíamos estar atentos a un área como el de la música: fuera del flamenco, cuyas raíces árabes son evidentes, existen producciones menos conocidas, más circunscritas al espacio aldeano, donde tendríamos que ir a mirar más de cerca).

Quisiera señalar algunos hechos técnicos que singularizan aún a los Yebalas en el contexto marroquí o, en cualquier caso, en el del Norte de Marruecos, y para los cuales se plantea de forma natural la cuestión inicial o, al menos, de su parentesco con hechos técnicos idénticos existentes en otra parte, que conviene por lo tanto inventariar también (Vignet-Zunz, 1993). Hasta donde conozco, una gestión de este tipo no ha sido intentada más que a propósito de la ropa femenina (Albarracín Navarro, 1964), y tendría que prolongarse.

Así el almiar de paja: aquí, toda la región del Rif se ha apartado del modo de uso de otra parte del Norte de Africa (nunca, según parece en la orilla europea) y que consiste en recubrir el almiar con una capa de adobe. También el Rif Oriental, muy seco, como el Rif Occidental, muy húmedo, utilizan (excepto en algunos lugares de la península Tingitana donde se mete la paja en el granero o en un cobertizo) una red apretada por cuerdecillas, lastradas por piedras, que se cruzan en la cima de la cúpula del almiar cilíndrico (o que aprietan el almiar cuando está extendido en forma de nave invertida). Este almiar se denomina *temun* en el conjunto del Rif.

El modo de uso en la Serranía de Ronda es diferente: varillas de trigo, del que se ha hecho caer los granos, son extendidas en una capa fina sobre el almiar, subiendo de abajo a arriba. Están atados por una especie de punta ancha hecha con largas varillas de plantas salvajes pinchadas como una hebra en la paja, líneas horizontales espaciadas de unos cincuenta centímetros. En la cima, una o dos hileras de cañas, de un lado a otro de la techumbre, consolidan el conjunto. El aspecto es el de una choza. Curiosamente, este modo existe también, no en el país Yebala, sino en la zona Atlántica de llanuras y colinas del antiguo protectorado español y de la antigua zona internacional de Tánger, donde las cosechas son más importantes que en la montaña. Es probable que se trate de un reciente préstamo.

Para moler el grano, se utiliza, no en todo el país Yebala, sino únicamente en algunas partes de la península Tingitana, un sistema completamente original basado en el principio de la biela: un dispositivo ligero enlazado a una empuñadura, o manivela, de la muela superior con un mango de madera ligeramente arqueado,

horizontal y retenido por una cuerdecilla atada al techo. Se puede así activar la muela de pie y con las dos manos y la atadura del mango al techo exime de la tarea de mantenerlo a la altura deseada. Así, un movimiento esencial alternativo (de hecho elíptico) se ha transformado en movimiento rotativo, y la energía puesta en marcha permite girar una muela de 40 Kgrs. y 60 cms. de diámetro por 6 o 7 de altura, lo que es aproximadamente el doble del molino tradicional en el Norte de Africa que se acciona sentado en el suelo con una sola mano, dos cuando colaboran dos mujeres de frente.

Este molino (árabe: *rha*) no existe, según parece, en ninguna otra parte del Norte de Africa, excepto en una parte de la región del Sus, en el Anti Atlas, al sur de Tarudant: *Taduhant*, forma beréber de la palabra árabe para designar la harina.

Primeramente había pensado que las aplicaciones del principio de la biela no existían en el mundo rural tal como en Extremo Oriente, para moler el arroz. Según observaciones que me hicieron H. Amouric y G. Comet de la Universidad de Provenza (Francia), parece que este sistema existió en Europa para los cereales pero que sólo subsiste como forma de accesorio, por ejemplo, para moler productos utilizados en las fabricaciones artesanales. Fue desechado por la utilización en mayor medida del molino de viento y por el molino de agua (el cual es recuperado en Marruecos pero permaneció con un tamaño modesto, la rueda de paletas se realizan de 60 a 90 cms de diámetro) <sup>2</sup> del que los altos rendimientos permitían solo hacer frente al desarrollo de la producción de cereales de Europa.

Extraer la mantequilla de la leche se hace en todo el Norte de Africa agitando, a través de un movimiento de vaivén antero-posterior, además sobre la piel de cabra suspendida (*chekwa*). Esta técnica no está ausente entre los Yebalas donde se utiliza como recipiente, según las regiones, una calabaza o una vasija de barro invertida (por tanto, de fabricación urbana), alargada sobre el plano horizontal y afinada en las dos extremidades.

Sin embargo, siempre en la Península Tingitana, y únicamente en algunas zonas, se recurre al principio de mantequera de pistón

---

<sup>2</sup> En la Alpujarra, de 110 a 160 cms., las muelas tenían un diámetro de 105 a 120 cms., según Ordóñez Vergara, 1993.

(ár. *mkhat*, pronunciación local): en una jarra de barro invertida, no barnizada (ár. *tonna*. En otros puntos: *tabria*), de 35-40 cms. de altura y 30 cms. más grande de anchura, cerrada por una arandela de corcho en la cual se ponen correderas a un junquillo en el extremo del cual está atada otra arandela de corcho.

Una obra muy documentada (Myrdal, 1988) excluye la mantequera de pistón de toda la cuenca mediterránea. Ahora bien, existe al menos en dos puntos del Norte de Africa: en la península Tingitana y -siempre- en la provincia de Tarudant, en el Sus marroquí (ár. *gellasa*, ber. *tabuqalt*), así como en algunas ciudades (se me citó Safi). Pero también en España donde J.L. Mingote Calderón me lo señaló.

Otra “anomalía”, el arado común [sin juego delantero] es a veces, en algunas zonas del país Yebala-Ghomara, tirado por los bueyes gracias a un yugo no sobre el garrote sino sobre los cuernos (ár. *be-rwasi*). Para el Norte de Africa, este modo sólo existe en el país Yebala-Ghomara: Haudricourt y Brunhes-Delamarre (1955) lo señalaban en Argelia Oriental, lo que G. Camps pone en duda. En cambio, existieron en numerosas regiones de Europa, España y Portugal incluidas. ¿Qué fue de la Andalucía mediterránea?

El granero sobre pilotes es la última manifestación insólita que haya observado en el país Yebala. Cuando el silo enterrado (ár. *matmorra*) es testificado, ya apenas es utilizado, quizás debido al gusto agrio que el grano, cuando se cubre de moho sin haberse estropeado completamente, deja en la harina que ya no se aprecia más desde los cambios intervenidos en las campañas en materia de costumbres alimenticias. Entre los Yebalas, se colocan los granos en las habitaciones reservadas para este efecto o en grandes tinajas o canastas. Pero los Ghomara, sus vecinos inmediatos del nordeste, tienen un pequeño edificio específico en el patio de la casa, de tejado de bálago de doble pendiente, subido sobre cortos pilotes de piedra o sobre un marco de madera para mejorar el aislamiento y la ventilación, rectificando de forma eventual la pendiente. Una escalera o un tronco permiten acceder a la pequeña abertura (Caro Baroja, 1957). Se denomina *heri*, lo que en árabe significa “almacén” (sobre la relación posible de esta palabra con el termino latino *horreum* y el español *hórreo*, véase Rosenberger, 1985:253, nota 6).

Ahora bien, tenemos también un testimonio cercano a los Yebalas: inmediatamente al norte de Chefchauen, sobre las altas cimas de los Beni Hassan (Yebala) y de los Beni Esjjil (Ghomara) que separan el Río Lau, varios emplazamientos fueron señalados, el último de los cuales fue abandonado únicamente hace unos treinta años. Se trata de concentraciones de estos graneros individuales en las zonas de difícil acceso, especies de pueblos reducidos denominados *aqrar*, sometidos a precisos reglamentos, escritos, y que guarda un hombre armado, erudito. Montagne (1930: 61-62) los señaló, luego Pereda Roig (1939).

No se conoce en otras partes del Norte, aunque la toponimia de la cordillera rifeña no faltan referencias a esta función de reserva colectiva: *axdir* (por *agadir*) en el país rifeño, *aqrar* hasta la región de Uazzan, o palabras construidas sobre las raíces de H.R.A. y K.H.Z.N. Por mínima que sea, esta presencia sobre los relieves mediterráneos de una institución que no tenía tendencia a identificarse en la única franja presahariana del Norte de Africa no deja de ser sorprendente. Montagne lo señala y sugiere acercamientos con reductos [militares] situados sobre otras crestas inconquistables de las montañas septentrionales del Magreb: el '*afir* de Kabilia, o el *m'aqil* atestiguado en el siglo XIV.

En España, este tipo de granero sobre pilotes es bien conocido en el noroeste (Gómez-Tabanera, 1981, vol.2). Está bien lejos del Rif.

He aquí desgranada una larga lista de similitudes: montañas litorales regadas, cinturón urbano, población densa, policultivo minifundista, adecuación de las laderas, techumbre de bálago en los tejados...Para el resto, muchas interrogaciones subsisten de las que podrán brotar comparaciones término a término más activas sobre el capital técnico de las dos poblaciones.

Acabará de forma provisional este catálogo de cuestiones planteadas a nuestros amigos andaluces destacando dos o tres papeles sociales bastante característicos de la población Yebala, siempre en la perspectiva de suscitar comparaciones con la orilla de "enfrente".

El bandolerismo en la montaña parece un dato clásico sobre todo en la cuenca mediterránea: el paso de estos relieves impone

pasajes limitados en número y propicios para las emboscadas, además los escondrijos son numerosos. Cuando las montañas son también fronteras, el contrabandista es otra figura convencional: es cierto en Andalucía (Mignon, op.cit.:17) y el Rif, donde se acoplan a las actividades de piratería (Biarnay, 1917; Hart, 1987). En lo que concierne al Rif, las observaciones son bastante recientes: la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX fueron un período de inseguridad y de desórdenes para Marruecos, enfrentado a una voluntad creciente de potencias europeas de desestabilizarle para dominarle. También el bandolerismo (ataque a viajeros, robo de ganado, raptos de mujeres y niños) fue de hecho generalizado en todo el país, lo que templó un poco nuestros propósitos.

Algunos autores sugirieron una fuerte correlación entre la montaña y la insurrección (Colonna, 1987:78). Es una pista a tener en cuenta, aunque en el Magreb el desierto es un medio concurrente desde este punto de vista. Y para los historiadores lo es establecer los acercamientos.

Otra correlación es la que liga de manera tradicional entre la montaña y lo sagrado. Ya en las tres religiones monoteístas: el Monte Sinaí, el Monte Hira cerca de la Meca (donde comenzó la Revelación), el Monte de los Olivos...A los que se suman el Monte Meru de los hinduistas, el Olimpo, el K'uen-Luen chino, el monte mítico del Islam (*al-Qaf*)...En el Islam, los santos se retiran a menudo a las cimas según el modelo profético -al desierto también-, donde sus cultos suceden generalmente a los cultos preislámicos. Sin embargo no es tanto esta dimensión que retengo sino un hecho propio de una población montañesa bien precisa, los Yebalas: su relación con el saber escrito. Sus mejores eruditos se hicieron durante un largo período con una gran reputación en Fez y el maestro de escuela coránica *jebli* es una figura familiar en el Marruecos de hoy día. Sólo otra población rural presenta este carácter, en el otro extremo del país, también en una montaña, son los del Sus ya mencionados: el clima es semi-árido, pero no señala la presencia de urbes en el itinerario de las rutas de caravaneros seculares. Si hubiese una pertinencia en la correlación entre la montaña y el saber (saber "erudito" que se apoya sobre lo escrito), la respuesta sólo se hallaría en la confrontación de otros varios casos similares.

¿Qué hay de la densidad de eruditos locales en la Alpujarra?

El último de los papeles sociales sobre los que deseo llamar la atención: la mujer *jebliya*. Resalta sobre sus vecinas por su vestimenta, sin duda alguna, pero también por su ausencia de tatuajes (excepto en algunos puntos del territorio) -hecho excepcional en el mundo rural del conjunto de los países árabes. Otra excepción, algunos distritos del Sus, una vez más. Se sabe que en el Rif Oriental -y en el Sus- la mujer no tiene acceso a los mercados. También se han instituido en estas regiones mercados para mujeres, coronando la segregación de los sexos. Entre los Yebalas, desde el punto de vista de todos los observadores, esta segregación parece ser una de las más suaves. La mujer ocupa en casi todos los sectores de la vida económica y social un lugar que no deja de sorprender. Se veía incluso, hace cincuenta años, ancianas de la montaña en el papel de basureras en Tetuán y en Chefchauen. Se las veía incluso transportar materiales, la cesta de la compra sobre la espalda. Al otro extremo de la escala socio-económica, se conocían en Tetuán las orquestas femeninas de música andalusí, etc. ¿Acaso es este tópico que se pega en la piel de los Yebalas y que hace de los hombres perezosos en relación a sus mujeres? (Habría que introducir un paliativo aquí, la diferencia social opera y las mujeres de familia acomodada se abstienen de cualquier trabajo externo, incluido trabajos en el campo).

El bandolero, el contrabandista, el insurrecto, el erudito, la mujer: he aquí una panoplia de perfiles bastante heteróclita. Si todo esto tiene sentido, tendrá aún observaciones y sobre todo comparaciones.

La cuestión fue mencionada al menos una vez, a lo largo de precedentes desarrollos de una posible diferencia de grado en la intensidad de la revalorización de las dos cordilleras, la bética y la rifeña. A escala ya no regional sino continental, ya no es una cuestión sino una constatación: la revolución verde que conoció Europa a partir del siglo XVII no se ha producido en el sur del Mediterráneo. Cierta número de avances técnicos acontecidos desde la alta Edad Media en Europa Central y Occidental, de forma particular en el cultivo de cereales, no más. La tesis de un estancamiento de la agricultura en el Norte de Africa no es nueva: se citará la debilidad de los animales de tiro y de albarda (excep-

tuando el dromedario), el carácter rudimentario de los aperos agrarios necesitan de una notable innovación porque son quizás milenarios...En resumen, el pobre rendimiento de la agricultura precolonial -y aún hoy día en las regiones donde no penetraron las formas intensivas de desarrollo agrícola- es un hecho reconocido.

El debate se sitúa en otro nivel: ¿acaso se trata de una incapacidad propia para el cultivo, de una civilización fundada sobre otros valores?

El problema no está circunscrito al área islámica. Se mencionó, por ejemplo, la eventualidad de un bloqueo de las técnicas en la Antigüedad (Amouretti, 1986: 240-243): el saber de los antiguos griegos habría estado bastante orientado de forma exclusiva hacia los aspectos teóricos y las especulaciones de lo espiritual a expensas de la experimentación. El trabajo manual, la mecánica, el maquinismo habrían sido víctimas de este desprecio aristócrata. Esta corriente de pensamiento ya no tiene vigencia, ahora se avanza con la ayuda de la expansión de las tecnologías que datarían desde los griegos, al contrario, para sólo conocer un bloqueo en la Edad Media... (Amouretti, *op.cit.*).

Se ha hablado por lo tanto de un Islam de comerciante y de beduinos, de un mundo donde el arado no era algo noble. Eso se dice pronto. El Islam también ha sido heredero, en materia de agronomía, de un conocimiento antiguo y oriental del que supo aprovecharse toda la cuenca mediterránea: conocían los tratados de agronomía andalusí precisamente, que no se contentaron con reproducir un conocimiento enciclopédico sino que lo enriquecieron a través de la observación directa y de la experimentación (Bolens, 1981).

¿Se trata pues de los límites propios de un medio natural? Es toda la cuenca mediterránea la que necesita que se tome en consideración y no sólo su orilla africana: factores climáticos y orográficos se combinan de forma amplia lo que hace de la agricultura mediterránea el mal de la clase europea -hay que decir que la revolución tecnológica se manifestó finalmente (cultivos en invernaderos y pronto en arena). Aún así se puede de forma útil apelar al pasado de la región, en la agricultura de la antigua Grecia de la que M.-C. Amouretti ha renovado su estudio.

Citémoslo: “La irregularidad [del clima] no debe olvidarse nunca cuando se plantean juicios peyorativos con respecto a las

técnicas agrarias de los antiguos (o modernos). A menudo, con las prevenciones del clima templado, de suelos limosos que se proponen como remedio. ¿Por qué extender el cultivo de los cereales a las tierras de poco rendimiento? (...) ¿Por qué da tan pocos rendimientos? ¿Por qué tan pocas inversiones? Todos estos progresos suponen grandes riesgos, grandes inversiones que están a merced [de una irregularidad local del clima], son apuestas que incluso los grandes propietarios dudan en realizar y no hay que dejar de sorprenderse porque se hayan guardado las recaudaciones (...)” (*op.cit.*:25). “Incluso hoy día, el medio natural mediterráneo sigue muy mal dominado por el hombre en el plano agronómico y sus posibilidades siguen limitadas, porque son precarias” (*idem*:27).

Pensadores físicos o pensadores ideológicos, ven que el debate es de importancia para que se traten los campos del Norte de Africa, y los relieves de tipo del Tell en especial. Al mismo tiempo, se comprende mejor nuestra necesidad de comparar con, por ejemplo, los medios naturales cercanos y, al mismo tiempo, diferentes para el hombre, para la sociedad. Los elementos existentes que tienden a confirmar un desfase en la revalorización de una y otra cordillera de montaña. Se percibió a través de algunos (escasos) hechos técnicos, como la diferencia de tamaño de las habitaciones de los molinos de agua o una gran densidad de terrazas (a las que añadiría ésta: el lagar de aceite, *almazara*, conservado en Benalauría, pueblo próximo a Ronda, donde me había llevado P. Ordóñez: su árbol, parecido a una viga de doce metros, su edad - se dice que del siglo XVIII-, y el hecho de que este pueblo haya contado, según parece, con unos doce árboles, indicarían una importante producción de aceite desde aquella época, sin medida común con los rendimientos del noroeste marroquí).

¿Acaso este desfase es ya menor en la época islámica? ¿Lo es posterior y hay que relacionarlo, por ejemplo, con los progresos de la producción agrícola que conocieron estas montañas andaluzas en el siglo XVIII?

Todas estas cuestiones, que son los problemas de los investigadores que trabajan en una región de Marruecos, tienen necesidad, ustedes lo habrán comprendido, de la iluminación de sus investigaciones.

## BIBLIOGRAFÍA

\*ALBARACIN NAVARRO, J. (1964) *Vestido y adorno de la mujer musulmana de Yebala, Marruecos*. Madrid.

\*AMOURETTI, M-C. (1986) *Le pan et l'huile dans la Grèce antique. De l'araire au moulin*. Annales Littéraires de l'Université de Besançon, París, Les Belles Letres.

\*BEN EL-KHADIR, M., y LAHBABI, A. (1989) *Architectures régionales. Un parcours à travers le nord marocain*. Casablanca, Imp. Najah El-Jadida.

\*BIARNAY, E. (1917) "Voleurs, receleurs et complices dans les vallées inférieures du Sebou et de l'Ouargha", *Archives Berbères*, II,2. Rabat.

\*BOLENS, L. (1981) *Agronomes andalous du Moyen Age*. Genève. Librairie Droz. (Traducción española: Universidad de Granada, 1995).

\*CARO BAROJA, J. (1957) *Estudios mogrebíes*. Madrid. Instituto de Estudios Africanos, CSIC.

\*CHICHE, J. (1984) "Description de l'hydraulique traditionnelle", en BOUDERBALA, CHICHE, HERZENNI, PASCON. *La question hydraulique. I. Petite et moyenne hydraulique au Maroc*. Rabat, Presses de Graphitec.

\*COLONNA, F. (1987) *Savants paysans. Eléments d'histoire sociale sur l'Algérie rurale*. Alger, OPU.

\*DELAIGUE, M-C. (1985) *L'habitat traditionnel à toit plat dans l'ancien royaume de Grenade (Espagne). Approche ethnographique et historique: Capileira*, doctorat de l'Université Lyon 2, 2 vol.

\*DESPOIS, J. (1956) "La culture en terrasses dans l'Afrique du Nord". *Annales E.S.C.*, XI, 2, París.

\*EL-AMAMI, S. (1983) *Les aménagements hydrauliques traditionnels en Tunisie*. Tunis, Centre de Recherche du Génie Rural.

\*ERZINI, N. (1991) "Jabli Architecture and its Relation to Urban Architecture of Northwestern Morocco" en GROUP PLURIDISCIPLINAIRE D'ETUDE SUR LES JBALA. *Jbala. Histoire et société. Etudes sur le Maroc du Nord-Ouest*. París-Casablanca, Ed. du CNRS-Wallada.

\*FAY, G. (1972) *Recherches sur l'organisation de la vie rurale et sur les conditions de la production dans la basse montagne rifaine*. Rabat, doctorat de IIIe cycle.

\*(1976) "Les conditions d'un véritable développement rural", *BESM*, 131-132.

\*FERHAT, H. (1995) "Heurs et malheurs des cités du nord-ouest: réflexions sur l'urbanisation médiévale des Jbala" en **GROUP PLURIDISCIPLINAIRE D'ETUDE SUR LES JBALA**. *Les rapports villes-campagnes sur la bordure méridionale du pays jbala*. Rabat, Imp. Al Maarif Al Jadida.

\*FRAPA, P. (1989) *Les terrasses de culture. une forme paysagère universelle et multiple*. Aix-en-Provence, mémoire de D.U.I. d'Aménagement rural.

\*GOMEZ-TABANERA, J.M. (1981) "El hórreo hispánico y las técnicas de conservación de grano en el N.-W. de la Península Ibérica" en GAST, M. y SIGAUT, F. (bajo la dir. de), *Les techniques de conservation des grains à long terme*. Marseille-París, LAPMO-MSH, CNRS.

\*HART, D. (1976) *The Aith Waryaghar of the Moroccan Rif. An Ethnography and History*. Tucson, University of Arizona Press.

\*(1987) *Banditry in Islam. Case Studies from Morocco, Algeria and the Pakistan North West Frontier*. Tucson, University of Arizona Press.

\*HAUDRICOURT, A-G. y JEAN-BRUNHES DELAMARRE, M. (1955) *L'homme et la charrue à travers le monde*. París, Gallimard.

\*MAURER, G. (1990) "Le rif occidental et central, montagne méditerranéenne à influences atlantiques" *Paysages et sociétés. Péninsule ibérique, France, Régions atlantiques. Mélanges géographiques en l'honneur du Professeur Abel Bouhier*. Travaux du Centre de Géographie humaine et sociale, 17, Université de Poitiers.

\**Méditerranée. Revue géographique des pays méditerranéens*, dossier "Les terrasses de cultures méditerranéennes", abril 1990, t. 71.

\*MIGNON, C. (1982) *Campos y campesinos de la Andalucía mediterránea*. Madrid, Serie "Estudios", Servicios de Publicaciones Agrarias.

\*MONTAGNE, R. (1930) *Un magasin collectif dans l'Anti-Atlas. L'agadir des Ikounda*. París, Larouse E.

\*MYRDAL, J. (1988) "The Plunge Churn from Ireland to Tibet" en FENTON y MYRDAL (bajo la dir. de) *Food and Drink and Travelling Accessories*. Edimburgh, John Donald.

\*ORDOÑEZ VERGARA, P.(1993) "Molinos hidráulicos en la Alpujarra granadina. La técnica y el agua". *Fundamentos de Antropología*, 2, Granada, C.I.E. "Angel Ganivet".

\*PEREDA ROIG, C. (1939) *Los hórreos colectivos de Beni Sech-yel*. Ceuta, Centro Estudios Marroquíes, Delegación de Asuntos Indígenas, Alta Comisaría de España en Marruecos.

\*ROSENBERGER, B. (1985) "Réserves de grains et pouvoir dans le Maroc précolonial" en GAST, M. y SIGAUT, F.(bajo la dir. de), *Les techniques de conservation des grains à long terme*, 3, fasc. 1. Marseille-París, LAPMO-MSH, CNRS.

\*TRILLO SAN JOSÉ, C. (1992) *La Alpujarra. Historia, arqueología y paisaje. Análisis de un territorio en época medieval*. Granada. Diputación Provincial.

\*TROIN, J.-F. (1986) "Montagnes et villes dans le nord-ouest du Maroc" *R.O.M.M.*, 41-42. Aix-en-Provence.

\*VIGNET-ZUNZ, J. (1988) "Espace domestique en milieu jbala. Portrait d'un micro-lignage et tableau de son établissement". *Signes du présent*, 3, Dossier "Espaces urbains, espaces vécus". Rabat.

\*(1993) "Manifestations insolites dans le patrimoine technique des Jbala" en *Primeras Jornadas Internacionales sobre Tecnología Agraria Tradicional*. Madrid, Museo Nacional del Pueblo Español, Ministerio de Cultura, Dir. General de Bellas Artes y Archivos.

\*(1995) "Quelques questions relatives à la société jbala: savoir lettré et savoirs paysans, segmentarité et sédentarité, comparaisons andalouses", colloque international "Jbala: savoirs et systèmes paysans" (Kénitra, 16-17 diciembre 1993). *Revue de la Faculté des Lettres de l'Université Ibn Tufail* (próxima aparición).